



Heroína Austral
BY FLOR PALUMBO

Historias de amores que no fueron.



Heroína Austral
BY FLOR PALUMBO

Lo que bien termina dice ADIÓS.

Cap. I

Jueves 21.00. Llueve y hace frío. Violeta mira por la ventana, finge estar viviendo una noche más pero su interior sabe que no es así. Pedro sale todos los jueves con sus amigos, desde que se casaron hace casi 10 años él mantiene sus encuentros con ellos, los de siempre, y rara vez se ausenta, ella recuerda los nacimientos de sus hijos, o alguna gripe fuerte que sirvió de causa para no asistir, de lo contrario, él jamás resigna esa noche. Para ella no es una más, porque es su noche. Sola, después de que los chicos coman y se acuesten, se tira en su cama, y sigue su serie favorita, escribe, lee un nuevo capítulo del libro de turno o escucha música. Hace todo eso que puede hacer cuando Pedro no está y no escucha sus reclamos, sus humores y sus voces siempre disonantes.

Violeta y Pedro están por cumplir 10 años de casados. Como todo tiempo pasado fue mejor, su historia no es ajena, y a medida que los fue atravesando el tiempo, fueron perdiendo cosquillas. La vida diaria, las responsabilidades, los chicos, las rutinas y los desencuentros ganaron la batalla del amor, y al menos Violeta, empieza a sentir que Pedro, su Pedro que tanto quiso, es una molestia recurrente que trata de evitar. Pedro vive en su mundo de finanzas y economía que le absorbe el 80% de su tiempo disponible y productivo. Ella cree que él no percibe su distancia, hace más de un año que ella busca evitarlo, empezó sin darse cuenta y ahora ya reconoce esa actitud en cada hora del día. Su presencia le molesta, no hay vuelta.

Pedro es el padre de sus dos hijos varones de 8 y 12 años. Tomás y Juan Ignacio. Violeta es su guía, su primer amor, desde el colegio supo que se iba a casar con ella. Comparten amigos, familia, una casa en San Antonio de Padua, y millones de anécdotas que vuelven a cobrar vida cada vez que Violeta piensa en la idea de separarse, idea que últimamente, resulta recurrente y abrumadora, pero que no puede enfrentar y le quita el aire de solo pensarlo. ¿Cómo le explico a los chicos que no van a vivir más con su papá?, ¿Cómo puede afectarles una separación a ellos?, ¿Cómo hago para no lastimarlo?, ¿Qué va a decir su familia? ¿Qué pasará con sus amigos? ¿Cómo dividiríamos la plata?. Cientos de interrogantes caen sin barreras cada vez que piensa en el divorcio. Ella soñó con él como su compañero de vida, pensó en ellos viejitos y con pocos dientes, pero con muchos nietos y reuniones, siendo felices, por siempre, como le enseñaron que sucedía cuando te casabas.

Violeta es psicóloga, ama su profesión y la ejerce desde el mismo momento en el que le dieron el título y empezó a recibir pacientes en su consultorio de Belgrano. Cuantas veces había sido testigo participante de tantas mujeres, que como ella hoy, se desahogaban y compartían su necesidad de libertad en ese espacio de encuentro y reflexión. Ella conocía todos los detalles de varias historias que bien podrían ser la de ella, y las soluciones siempre tenían que ver con ser valiente, y tomar esa decisión que se necesita para echar la tristeza de sus vidas y darle espacio a una nueva etapa, quizás distinta y difícil, pero necesaria para volver a sonreír de verdad y ser felices como se merecen. Violeta sabía que algo andaba mal, incitaba a Pedro a que trabaje más horas, haga más actividades, salga más con amigos y viaje solo. Necesitaba verlo menos, quizás esa podía ser una forma de que se le calme el corazón, y vuelva a mirarlo con otros ojos, los mismos ojos con los que lo miró 10 años atrás. Quería reconocer en él todas las virtudes que tanto la habían enamorado, quería quererlo bien, admirarlo, sentir orgullo por sus logros, alegrarse con sus desafíos cumplidos, quería ser la mujer que era, pero que ya se había ido. Por su parte Pedro cargaba con la mochila de las angustias no tratadas, los enojos nunca hablados y

las frustraciones escondidas por ahí. El jamás asumía estar mal, nunca había hecho terapia, y los problemas parecían ajenos a sus emociones. Al mismo tiempo mantenía su carácter complejo, y al menos 3 días a la semana llegaba a su casa con expresión de enojo y pocas pulgas, actitud que había cansado a Violeta después de recibirlo así por años y años. Ya su ánimo no bailaba su música.

Cap. II

Una tarde soleada de martes de abril, Pedro llegó más temprano de la oficina con cara de alegría, un champagne, dos bandejas de sushi y la actitud de quién acaba de ganarse la lotería. Violeta lo miró desconcertada y pensó *“Que hace acá a esta hora?”*, pensamiento que nunca expresó como hacía ya desde hace tiempo, guardaba cada cosa que la invadía, como escondiéndola de ella misma, si no lo decía no debía ser tan fuerte ni tan cierto. Eran sus propias herramientas y escudos que usaba para salir de esa duda constante y mantenerse en el área protegida.

V: *Hola Pedro, que raro vos a esta hora por acá... pasó algo?* Pedro parecía agitado, la corbata desanudada, el saco en la mano, reía sin poder hablar.

P: *Mi amor, saludá al nuevo Gerente Regional de Finanzas para España y Portugal.* Dijo esa frase con los ojos cerrados, su expresión esperaba un abrazo, un grito de alegría, un beso apasionado. Violeta tardó unos segundos en descifrar el significado total de sus palabras, y apenas tomó conciencia de lo que representaba no pudo evitar el desconcierto y la angustia que la invadió de solo pensar que justo en ese momento debía mudarse y empezar un proyecto nuevo con el entusiasmo por el piso.

V: *Uy, eso quiere decir que tenemos que irnos a vivir a alguno de esos países?*

P: *Si mi amor! Esa es la mejor parte de este ascenso! Vamos a vivir a Madrid! A recorrer la gran vía, a viajar por los maravillosos pueblos españoles, a comer el mejor jamón serrano! Vamos a vivir como reyes y nuestros hijos van a ser parte de una experiencia de vida única! Porqué tenes esa cara?*

Violeta seguía tratando de disimular sus sensaciones, pero eran tan fuertes que no lograba hacerlo. Se sentó en la silla como resignada, dejó caer los papeles que tenía en la mano y rompió en llanto. Pedro atónito trataba de comprender la situación, sin saber qué hacer, le acercó un pañuelo y un vaso de agua. Casi enojado, pero intentando comprender a su mujer se arrodilló ante ella, le agarró la cara y le prometió una vida mejor para ella y los chicos.

P: *Te juro que esto nos va a hacer bien! Vamos a poder conocer Europa, vas a poder trabajar con nuevos pacientes, estudiar el master que tanto querías, pasar más tiempo con los chicos... vamos Viole! Somos una familia, no podemos privar a nuestros hijos de vivir una experiencia semejante!*

Violeta recibía cada frase como pequeños alfileres que se iban clavando en sus pies, ouch, como duele! Se secó las lágrimas, rió falsamente, y lo abrazó despacito. *“Felicitaciones amor”*, le dijo al oído. Después de todo, ella sabía todo lo que había trabajado Pedro para llegar a conseguir ese puesto, un puesto internacional que lo posicionaría para siempre como un profesional de éxito dentro del mundo económico en que se movía como pez en el agua.

Cap. III

Los días venideros fueron un tremendo caos. Las fechas de dejarlo todo se acercaban y el estrés aumentaba a cada hora. Violeta dejó el consultorio, agobiada por la situación y sintiendo una tristeza profunda que la habitaba de pies a cabeza, se despidió de sus pacientes, y se dedicó a ocupar su tiempo ordenando la mudanza, buscando departamento, colegios en Madrid y haciendo los papeles de la embajada, todo eso la mantenía ocupada, y así, evitaba pensar. No quería asumir a viva voz que Madrid, no era su lugar. No quería asumir que iba a tener que seguir viviendo una vida que no elegía, con un hombre que ya no amaba, manteniendo una familia que se rompía, en silencio, todos los días.

Pedro se sentía feliz, por fin estaba viviendo el sueño para el que tanto había trabajado. Su emoción por el futuro cambio de vida, y los desafíos que tenía por delante, no le permitían notar la angustia de Violeta. Después de varias despedidas en Buenos Aires, una mudanza en camino y las valijas cargadas de emociones encontradas, la familia partió con destino a Barajas un 4 de abril lluvioso y con viento. Parecía que el cielo porteño lloraba su partida.

Los primeros días en Madrid fueron de orden, limpieza, acostumbamiento y acomodo de todo. Entender la dinámica de una ciudad nueva lleva su tiempo y sentirse cómodos rápido era la clave para disminuir el dolor de haber dejado Argentina. Los chicos empezaron el colegio y enseguida se hicieron amigos. Pedro trabajaba hasta tarde todos los días, el puesto requería de su tiempo y la demanda era cada vez más alta. Su humor empezó a cambiar, Violeta recordaba los días en los que, en Argentina, lo recibía con esa cara que anunciaba un mal día y probablemente, una mala noche. De pronto reconoció familiar esa sensación de agobio y cansancio que le provocaba Pedro cuando se ponía así. Violeta pasaba sus días conociendo la ciudad, la oferta cultural era enorme! No podía creer tener tiempo para recorrer el Museo del Prado, el Palacio Real, la Plaza Mayor y todos los lugares que siempre había soñado conocer. Solía dejar a los chicos en el colegio, y elegir un paseo para hacer durante la mañana hasta que volviera a buscarlos. Así, recorrió los sitios más atractivos de la capital Española.

Tomás y Juani ya casi no extrañaban, Tomi se había hecho de un amigo español “majísimo”, como decían ellos, Ñaqui, un niño lleno de rulos y más alto que el promedio, que parecía cantar con su acento andaluz y solía ir a jugar a lo de Violeta y Pedro, al menos una vez por semana. Ñaqui era hijo de Carla y José Manuel, dos sevillanos muy divertidos que estaban también recién llegados a Madrid y que de a poco se fueron convirtiendo en sus amigos más cercanos. Carla era llamativa, cuerpo andaluz, labios rojos y risa contagiosa. Su energía traspasaba fronteras, era alegre, graciosa y resultaba el cascabel de cualquier reunión. De profesión arquitecta dedicaba sus días a perfeccionar su experiencia y era estudiante del Master en Renovación Urbana que la tenía ocupada varias horas al día. José Manuel, era médico cirujano, morocho de cuerpo tallado despertaba los suspiros de sus compañeras de hospital y de cada mujer que lo conocía. Era más tímido que Carla, ella siempre opacaba su encanto con sus chistes e historias, pero le gustaba ese lugar, era un buen segundo, y además, al fin y al cabo, eso era lo que lo había enamorado de ella. Más allá de su belleza, Carla era magnética, su forma de hablar, de moverse, hasta la manera en la que tomaba café resultaba una atracción inevitable para los hombres.

Eran una pareja envidiable a los ojos del mundo. Parecían compañeros, cariñosos, se mostraban



seguros y buenos padres. A decir verdad puertas adentro, su relación era fría y distante, funcionaban sincronizados hasta para el amor, donde la cama los encontraba de vez en cuando, aburridos de la rutina y casi por inercia. Su exagerada vida social era la vidriera para alimentar el vacío, buscar en otros momentos, en otras personas aquello que ellos no tenían, ni el valor para enfrentarlo, ni el amor para dar pelea.

Cap. IV

Carla y Violeta se habían hecho muy amigas, compartían una realidad de recién llegadas en proceso de adaptación que las convirtió en compañeras del día a día. Pedro y José Manuel solían trabajar muchas horas y eso les daba tiempo para hacer crecer esa relación y que se convirtiera en un refugio para ambas. Un día Violeta se animó a contarle lo que sentía, esa falta de interés y amor por Pedro que la ahogaba y le generaba una culpa que, de hacerla consciente, no la dejaba respirar. Logró contarle sus sentimientos más auténticos y profundos. Cómo fue perdiendo el encanto, como ya no tenía ganas de besarlo y como evitaba cada caricia para no levantar sospechas en él. La sola idea de desintegrar su familia, dejar de compartir tanto tiempo con sus hijos, lastimarlo, eran razones suficientes para que la venza el miedo y solo trate de taparlas con vida, con rutina, con ropa, con amigas y con cualquier cosa que logre distraerla de esos pensamientos y sensaciones.

Carla resultaba una amiga muy empática y comprensiva, después de todo, ella también estaba viviendo una situación muy parecida con José Manuel. Pedro sólo hablaba de trabajo, era su único tema de conversación, su incapacidad de contener a Violeta lo había alejado cada vez más de ella, casi sin darse cuenta. Hablaban poco, generalmente solo de temas de los chicos, la logística de la casa y la situación económica ahora que Violeta ya no trabajaba. Se olvidaban los “te amo”, se abrazaban alguna vez y se reían cuando estaban con gente, como si eso los relajara y los metiera en una realidad momentánea donde todo parecía mejor, al menos por un rato.

Violeta sentía menos presión, tenía el pecho liberado, ese Pedro frío le quitaba la culpa de no sentir el mismo amor, y ya no tenía que dar tantas explicaciones. Extrañaba a sus pacientes, pero su rutina en Madrid tampoco estaba mal. Tenía una amiga que valía por muchas, conocía la ciudad todos los días un poco más, había aprendido a cocinar la dieta mediterránea y veía felices a sus hijos. El departamento que habían alquilado en Pinar de Chamartín era grande y luminoso, le encantaba desayunar en la ventana de la cocina mirando toda la ciudad, un café caliente y su tostada con Nutella eran su momento de paz y encuentro con ella. Desde esa ventana y con el calor del sol de la mañana todo parecía más fácil.

Había pasado 1 año cuando Pedro abrió la puerta de su casa, soltó la mochila violentamente y abrazó a Violeta fuerte y sin darle respiro. Lloraba como un bebé, angustiado apenas podía respirar. Violeta se asustó, le preguntó que le pasaba tratando de calmarlo, de entender porque estaba así, pero él no hablaba, no podía pronunciar palabra. Se sentó en el sillón, respiró profundo y por fin habló: *“Me mandan a Argentina, se abrió un puesto mejor que abarca a la región, y por mi experiencia me piden volver”*. Violeta se dejó caer en el sillón al lado de él, atónita, con los ojos más abiertos que nunca, dándose tiempo para entender el significado real de esa noticia.

V: *Pero Pedro, no puede ser, que pasó? Como volvemos a Argentina? Ahora?, Ahora que estamos instalados, bien, que ya construimos una vida...*

P: *Me mandan allá, me reubican, me necesitan más que acá, y además es una oportunidad nueva de crecimiento.*

A Violeta había algo que no terminaba de cerrarle, porque Pedro tenía esa cara, estaba tan triste, porque lloraba si todo ese cambio era una apuesta positiva para él. Porque Pedro no quería irse de Madrid?

Siendo fiel a la verdad, ellos no habían tenido el mejor de los años como pareja y Violeta jamás se había tomado el trabajo de preguntarle como estaba, si le gustaba Madrid, que tal la oficina. Ella había aprovechado esa distancia, y las horas de Pedro fuera de la casa para liberarse del desamor, poner en pausa sus sentimientos, e intentar disfrutar ese momento sin culpas, focalizada en ella y sus hijos. En él “mientras tanto” de todo eso indudablemente Pedro vivía algo que ella desconocía, o al menos eso demostraba.

Miles de pensamientos la abordaban hasta que finalmente decidió que apenas tuvieran su tiempo iba a hablar con él para entenderlo, y dedicarle, por primera vez en un año, su atención exclusiva.

Cap.V

Pedro se fue a acostar sin hablar, sin comer, tan caído que hasta Tomás le preguntó que le pasaba. Para los chicos también era un desafío volver a Argentina, dejar sus amigos, su colegio, volver a adaptarse a lo viejo, ellos también estaban tristes.

El tiempo de regreso era en 2 meses, parecía mucho pero Violeta sabía que iba a pasar volando. Su amiga Carla jugó un papel fundamental en ese tiempo. Fue su gran acompañante, su confidente, su amiga incondicional que la ayudó a organizar la mudanza, contener a los chicos, hacer los papeles con las embajadas, y por supuesto, ser su hombro para llorar cada vez que Violeta recordaba que volvería a enfrentarse a sus propios miedos. Volvería a tener que evaluar qué hacer con Pedro. ¿Se resignaría a que esa era su vida? así gris, aburrida y fría... ¿se animaría a enfrentar sus emociones, desafiar el qué dirán y juntar el valor necesario para, por fin, separarse?.

Una noche, 5 días antes de que llegue el camión que llevaría la mudanza, Violeta encontró el espacio para hablar con Pedro. Desde el día que se enteró de su inminente regreso, su ánimo se dibujaba por las baldosas del piso, comía menos, hablaba poco, se lo notaba triste, introspectivo y angustiado, ya no tenía mal humor, ni proponía planes, ni siquiera prestaba atención a los asuntos de los chicos. Solo trabajaba, volvía tarde todas las noches, situación que Violeta no cuestionaba ya que entendía que tenía poco tiempo para dejar todo listo, y ya encarar su nuevo rol en Argentina. Sonaban lógicas sus 14 horas de trabajo diarias, o al menos pensar eso la tranquilizaba.

Preparó un café para los dos, le puso dos de azúcar como sabía que le gustaba a él, se sentó en el sillón del living, mientras Pedro, con la mirada perdida, miraba un programa de preguntas y respuestas en la TVE (Televisión Española).

V: *Podemos hablar un momento? Hace días que te noto mal, muy caído, cansado, triste... Qué te pasa Pedro?* El la miró casi molesto, como si la pregunta llegara en un momento inesperado e incómodo.

P: *Nada Viole, estoy cansado, solo eso.*

V: *Dale Pedro, estuviste cansado muchas veces, pero pocas te vi así, tan triste, tan ausente...*

P: *Ya te dije, son muchas responsabilidades que tengo que enfrentar, cerrar proyectos en esta oficina que veníamos trabajando, y eso me cansa, me agota...nada más.*

V: *Pedro, te conozco, no me mientas a mí!* Violeta sabía que estaba presionando una situación que en cualquier momento estallaba, pero por alguna razón necesitaba seguir preguntando, algo no le cerraba, hasta que por fin Pedro reaccionó.

Se levantó del sillón, tiró la taza de café, se agarró la cabeza y con un enojo de esos que suele tener una vez al año, le gritó tan fuerte que los chicos aparecieron escondidos en la escalera del susto que tenían.

P: *Dejame de joder por una vez en la vida! Si ya te contesté dos veces, ahora déjame en paz Violeta! No quiero escucharte más!*

Violeta sintió que le faltaba el aire, una presión en el pecho no la dejaba respirar, y estaba a punto de sentir las lágrimas rebalsando en sus ojos cuando vió a los chicos en la escalera, asustados sin entender que estaba pasando. Se secó los ojos, respiró hondo y los llevó a su

cuarto. No volvió a pronunciar palabra.

Pasaron los días, hablaban lo justo y necesario, el jamás le pidió perdón, algo que mantenía inquieta y angustiada a Violeta. Él sabía que su reacción había sido exagerada, ella no entendía por qué se comportaba así, porque esa frialdad, ese enojo, esa tristeza. Ese no era el Pedro que ella conocía, pero estaba segura que el tiempo les daría claridad y oportunidades para volver a encontrarse, ahora ya en Argentina.

Cap. VI

Argentina, hogar dulce hogar.

Violeta en algún momento, previo a la fatídica noche, le había propuesto a Pedro hacer algún viaje por Europa antes de volver, unos días para que los chicos conozcan otros países, pasen tiempo en familia, y la vuelta minimice su tinte gris, que inevitablemente tenía. Como Pedro nunca mencionó nada del viaje, ella tampoco quiso tener que lidiar con sus pocas ganas, y decidió olvidarlo, después de todo, los chicos habían conocido muchísimo lugares nuevos ese año, y en Argentina ya habría tiempo para ser más felices.

La vuelta fue difícil, como Violeta había imaginado, aunque con el agregado de un Pedro distante, enojado, ofuscado con todo, que rara vez le hablaba para decirle algo que no fuera necesario. Violeta no entendía su actitud. Se instalaron en su casa de siempre, la misma que había cuidado la hermana de Violeta mientras ellos estaban en Madrid, dejársela a ella había sido una buena idea, era paisajista, y el jardín parecía una selva hermosa de hojas verdes y flores de colores. A Violeta le encantaba mirarlas por la ventana de la cocina mientras lavaba los platos o preparaba el almuerzo. A veces se quedaba inmóvil, como detenida en ese momento pensando cómo era que había llegado hasta ahí. Que había pasado con su vida, con su familia.

Una mañana, después de una noche muy mala, donde tuvo pesadillas, y después un insomnio que le robaba el sueño desde que llegaron, decidió tomar las riendas de la situación, y hacer algo para que termine esa pesadilla, esa vida mediocre y triste que estaba segura no merecía. Se levantó a las 6 am, todos dormían. Abrió su computadora, ingresó al portal de la universidad donde había estudiado Psicología y se anotó en un curso de posgrado sobre Psicología Laboral, algo que siempre le había gustado. *“No importa la plata, estudiar lo que me gusta y estar en contacto con gente me va a hacer bien”*, pensó. La otra decisión que había tomado le daba retorcijones en la panza, pero tenía que hacerla. Necesitaba saber que le pasaba a Pedro y estaba segura de que en su celular encontraría la respuesta.



Cap.VII

Subió despacito las escaleras, aún era de noche, pero no tenía demasiado tiempo, tenía que hacerlo rápido. Entro a su cuarto en puntas de pie y agarró el celular de Pedro que se estaba cargando en su mesa de luz. Lo desconectó despacito y se lo llevó a la cocina. Lo miró varias veces, no se animaba a desbloquearlo, ella nunca había hecho algo semejante en 10 años de casados, quizás por eso Pedro nunca le había ocultado su clave. Los celos y la inseguridad no eran moneda corriente entre ellos.

Violeta puso la clave, y mirando el menú primero decidió investigar los chats de Whastapp. Entro a la aplicación y abrió cada conversación que resultara sospechosa o tuviera nombre de mujer. Estaba a punto de cerrarlo cuando le llegó un mensaje de “Alberto Gómez- Oficina BsAs”, así estaba agendado el contacto. El mensaje no le hubiera llamado la atención, de no ser porque decía “hoy sí que no aguanto las ganas de verte”. Lo primero que se le vino a la cabeza fue: “Pedro es gay”. Seleccionó el mensaje, y fue ahí cuando su corazón latía tan fuerte que parecía que se le separaría del cuerpo, le temblaban las manos, empezó a transpirar frío, no podía moverse. Lo que veían sus ojos era mucho peor de lo que tantas veces había imaginado. Había varias fotos, una mujer desnuda, la misma mujer vestida, videos que no se animó a reproducir y mensajes de dos amantes desesperados por encontrarse. La verdad era más cruel que la película de terror más taquillera de la historia. La mujer desnuda del chat era CARLA. Su amiga Carla le estaba escribiendo los mensajes de amor más profundos a Pedro, su marido. Su amiga que sabía su historia, conocía sus miserias, era su confidente, no podía ser cierto. Respiró hondo, se agarró la cabeza, el pelo en la cara le molestaba, tomo coraje y empezó a leer lo que sabía terminaría de destrozarla en mil pedazos. Después de 45 largos minutos en los que reconstruyó la historia de los dos, entendió que su amiga y su marido estaban enamorados. Los mensajes eran de dos personas en plena etapa de amor idílico, sintiendo dolor de tanto extrañarse, asumiendo que no estaba bien lo que hacían, pero esa fuerza de lo imposible convertía su pasión en algo inevitable.

Eran las 6.50 am cuando Violeta miró el reloj y escuchó el primer despertador de Pedro. Se dió cuenta que tenía su teléfono y que sin duda era lo primero que iba a mirar apenas abriera los ojos. Necesitaba tiempo para ver cómo iba a manejar esa situación, no sabía cómo iba a poder mirarlo a la cara. Lo odiaba, porque le había hecho eso? Como podía haber arruinado así tantos años de historia? De amor? Arruinar una familia... y Carla? Carla su amiga la había traicionado de la peor forma posible, ella le había brindado su confianza como a nadie, y ahora le hacía esto?. Se volvía posible lo imposible. Había pasado. Un grito de Juan Ignacio pidiendo agua la sacó de sus pensamientos y le recordó que tenía que volver a dejar el celular en su lugar sino quería hacer estallar la bomba antes de lo previsto. Subió las escaleras, entró a su cuarto, sintió una puntada de dolor en el pecho, un desgarró, algo que experimentaba por primera vez y que sentía que la iba a quebrar en dos, y en puntas de pie dejó el celular en la misma posición que lo había encontrado. Miro a ese hombre que tan feliz la había hecho algún día, y volvió a romper en llanto. Se pellizco, “*debo estar soñando*”, pensaba. Otro grito de su hijo menor reclamando el agua volvió a desconcentrarla y por fin salió de esa habitación que no la dejaba respirar y le avisó a su hijo que le de unos minutos. Media hora más tarde sonaba el segundo despertador de Pedro y Violeta respiraba hondo y se mentalizaba, “*no tengo que decirle nada todavía, tengo que poder fingir que todo está bien, al menos hasta esta noche, vamos Viole, vos puedes*”. Servía el café cuando escuchó los pasos de Pedro en la escalera, bajaba con ánimo cansado, lento, como lo hacía desde que volvieron a Buenos Aires. Violeta lo saludó como todas las mañanas, le

dejó las tostadas en la mesa, su café y fue a buscar a los chicos. Media hora más tarde, y varias quejas de por medio, ya estaban los chicos listos para irse al colegio con su papá. Se cerró por fin la puerta y la casa quedó vacía.

El silencio arrastró una angustia tan grande que solo pudo dejarse caer al piso y llorar. Lloró por horas, ya no podía ver, tenía los ojos hinchados, le ardían, le dolía el cuerpo, el alma, el corazón. Fue a la cocina, se sirvió agua y se sentó en su sillón, ese que los había visto reír tantas veces, la invadían una catarata de preguntas que no la dejaban pensar con claridad. Sentía que no quería perder a Pedro, que lo amaba y todo este tiempo no había podido verlo ni descubrir sus sentimientos, se daba cuenta que el amor había cambiado, se había transformado, pero seguía ahí, intacto, expectante, auténtico y ahora, cruel, tan cruel que amenazaba con irse y desaparecer para siempre. Sus emociones iban mutando, pasó del enojo, a la tristeza, y finalmente al miedo de perderlo, miedo a vivir sin él. ¿Cómo sería vivir sin Pedro? ¿Qué dirían los chicos?

Entre lágrimas decidió que no quería perderlo, que estaba dispuesta a perdonarlo, que ella tampoco había hecho las cosas bien, y su desesperación aumentaba a medida que crecía el miedo. Las horas pasaban y no podía moverse de ese sillón, no tomó más agua, no comió, no fue al baño, se quedó ahí como congelada. Ese tiempo de silencio la llevó a entender actitudes de Pedro que ahora cobraban sentido. ¿Estaría con Carla todas esas noches, que inexplicablemente, llegaba tan tarde? ¿Dónde se veían? ¿Qué sentiría José Manuel si se enteraba de esto?

De pronto, una idea reveladora apareció en su cabeza: hacía meses que no controlaba las tarjetas de crédito ni las cuentas bancarias. Quizás ahí encontraría la clave de la historia entre ellos dos. Donde se veían, que hacían, y demás datos que le dolerían, pero servirían para reconstruir una parte de algo que también representaba su propia vida. Corrió a buscar su computadora, la prendió e ingreso al home banking. Descargó el resumen de sus tarjetas y las de Pedro. Otra vez tenía la sensación de que el corazón se le salía del pecho. Miró las fechas, y descubrió algunos nombres que sonaban como agujas: "CEBO", el nombre de un restaurante madrileño con estrella Michelin que ella sabía era de los mejores, pero claro... había ido con Carla. "Hotel Victoria 4", con este nombre había más de 10 gastos. Cerró la computadora con más violencia que ganas. ¿Porque hacía eso?, se estaba lastimando aún más! Volvió a llorar y se juró no volver a indagar en información que podía dañarla tanto, además, no le aportaba nada y solo intensificaba la historia, y la convertía en perfecta, algo que de solo pensar le robaba el aire.

Se hicieron las 17.00 y recordó que tenía que buscar a los chicos por el colegio. Se cambió el pijama, se lavó la cara y los dientes, y salió. Con mirada perdida y cabeza bloqueada casi choca dos veces antes de llegar, por fin, a la puerta donde Tomás y Juan Ignacio la esperaban todas las tardes. De regreso a la casa, Violeta intentó actuar normalmente a pesar de las preguntas de los chicos que denotaban su cara demacrada, los ojos hinchados y su pelo sucio. Dos horas más tarde llegaba Pedro.

Cap. VIII

Abrió la puerta, saludó a todos, y sin preguntar nada a pesar de la evidente cara de angustia de Violeta, se puso a jugar a la pelota con los chicos, algo que irritaba profundamente a Violeta porque cada vez que jugaban algún adorno terminaba roto. Cenaron entre pocas palabras, Violeta y Pedro ni se miraban y ninguno comió mucho. Pedro acostó a los chicos, y Violeta sintió que había llegado el momento de hablar. No podía pasar ni un minuto más conteniendo todo lo que sabía, no podía vivir así! Pedro nunca volvió a la cocina, su cobardía e indiferencia sorprendían a Violeta, que a pesar del enojo y la decepción, estaba segura de querer perdonarlo, y volver a flote a su familia y su pareja.

Esperó sin suerte, hasta que decidió que lo mejor era tomar las riendas, poner todo sobre la mesa y hablar. Seguramente Pedro se arrepentiría y trataría de que todo vuelva a la normalidad, la familia siempre debería estar antes que una aventura. Entró despacito al cuarto donde Pedro leía “El Señor de los Anillos”, trilogía que lo tenía atrapado hacía ya un tiempo. Violeta respiró hondo, y con el hilo de voz que tenía, porque los nervios le hacían temblar todo el cuerpo, le dijo:

V: *Pedro, necesito que hablemos.*

P: *¿De qué?*

V: *De Carla y vos. Pedro dejó de leer el libro y levantó la vista intentando disimular su asombro.*

P: *¿Qué pasa con Carla? No entiendo Violeta.*

V: *¿Qué no entiendes? A mí me parece que es muy simple lo que te estoy preguntando. ¿Qué pasa entre Carla, te suena la andaluza que era mi amiga, y vos? Pese a tu subestimación continua, no soy tan ingenua como pensas. Por favor, necesito que seas sincero conmigo y podamos arreglar esto.*

Pedro respiró hondo, miró a los ojos a Violeta y como le explicaría una maestra a un niño le dijo:

P: *Violeta, el amor no se arregla, se construye, y vos hace años que ya dejaste de construir conmigo, de mirarme, de tocarme, de interesarte por lo que hago, lo que vivo, lo que me pasa. Hace años que me evitas, que no me miras, que no te importo. Acaso pensaste que no me daba cuenta?*

V: *Pero Pedro yo estaba viviendo una situación que apenas entendía, creía que no te amaba más, pero esto me hizo dar cuenta que sí, que no quiero perderte a vos, a nuestra familia, quiero que podamos volver a empezar, y darnos otra oportunidad, yo te perdono... Pedro la interrumpió y con voz de resignación y tristeza le dijo: A mí ya me perdiste, yo me enamoré de Carla. Me volví a sentir bien, joven, entusiasta, lindo. Volví a creer en el amor, en que hay una forma mejor de vivir y no es está! Me duele que esta mujer sea Carla, tu amiga, te juro que eso me quito el sueño por muchísimas noches, pero el amor no se puede evitar! Sabes cuantas veces quise que no pasara, cuantas veces intenté no encontrarla, no hablarle en casa, no pensar en ella... Quise borrar de mi cabeza sus piernas, sus manos, su sonrisa magnética, su forma de tratarme. Ella me hacía sentir bien, importante para alguien... Terminó sus palabras envuelto en llanto.*

Violeta estaba inmóvil, confundida. Las palabras de Pedro eran lo último que esperaba y sonaban como cuchillos que se le iban clavando de a poco por todo el cuerpo. Ella se había imaginado una situación distinta, de arrepentimiento, de dolor, de compasión, pero de acuerdo,

donde los dos podrían hablar de su pasado, pero mirando al futuro y con ánimos de convertirlo en algo mejor, en una historia de ellos juntos. Nada de eso parecía estar pasando.

Se quedaron en silencio por unos minutos que parecieron horas. Pedro se levantó de la cama, se cambió con la ropa que había en el vestidor y se fue. Violeta solo podía llorar, se había declarado el principio del fin. Activó el teléfono, buscó el contacto de Carla y escribió: *“Nunca esperé algo así de vos. Que sean muy felices. Para mi estás muerta.”* Cerró el whatsapp, borró y bloqueó el contacto. La certeza de que para ella Carla estaba muerta era total. No quería saber nada de esa persona, ni ahora, ni nunca.

Pedro volvió a la madrugada. Violeta se había quedado dormida vestida, con el celular en la mano y los ojos pegados de tanto llorar.

Cap. IX

A la mañana siguiente, Pedro había preparado el desayuno de los chicos, y les dijo que su mamá no se sentía bien, que se quedaba acostada. Violeta pensó que era una buena idea, después de todo nunca se había sentido tan mal, y le resultaba inevitable actuar un ánimo que no tenía.

Cerca de las 10am llamó a su mamá. Lloraba sin poder hablar, así que asustada Lidia fue a su casa para ver socorrer a esa hija desesperada de dolor.

V: *Mamá necesito que te lleves a los chicos a tu casa unos días. Pedro y yo nos vamos a separar y necesitamos un espacio para transitar todo esto sin afectarlos. Busquemos una excusa nose, un viaje, pero necesito desaparecer unos días y retomar fuerzas.*

Su mamá no podía creer lo que estaba escuchando y acepto el pedido sin preguntar mucho. Tomás y Juani se fueron felices, sus papás “se iban de viaje”, y ellos pasarían días de juegos y caprichos en lo de sus abuelos. Un buen negocio después de todo...

A las 22hs de ese día, después de volver de la oficina, Pedro llegó a la casa, se fué directo al cuarto y empezó a armar su valija. Sacaba camisas, pantalones, medias, ponía todo desordenado, como si algo lo apurara. Violeta entró en el cuarto y al verlo no pudo evitar preguntarle:

V: *A donde te vas?*

P: *A España. Ya me saqué el pasaje Violeta, necesito pensar en mí, intentar ser feliz, apostar por lo que me pasa.*

V: *Pero Pedro y los chicos, nuestra vida?*

P: *Voy a volver en 1 mes, ya más armado y con una decisión definitiva tomada. Con los chicos voy a hablar mañana, por ahora les voy a decir que me voy por trabajo, creo que es lo mejor para que ellos no sufran y nosotros tengamos tiempo de contarles la historia que decidamos.*

Pedro cerró la valija, se agachó para agarrar el cargador del celular y cuando se dio vuelta miró fijo a Violeta a los ojos, como hacía mucho no la miraba, y le dijo: “Viole, yo a vos te voy a querer toda la vida, sos la mamá de mis dos hijos, y fuiste mi compañera, pero no podemos mentirnos más, somos parte de una historia que ya no vibra, que ya no siente, que ya no emociona. Somos dos personas que se quieren, ni más ni menos que eso. Yo estoy seguro de que vos vas a poder re hacer tu vida, encontrar un hombre que te ame como te mereces, que te haga feliz. Sé que vas a poder, y todo esto es doloroso, pero es lo mejor para todos, acordate.”

Las ideas y sorpresas que había pensado para seguir intentando convencer a Pedro de que no bajaran los brazos acababa de esfumarse al verlo hacer esa valija. Violeta estaba otra vez sola. Sola como estaba hacía mucho tiempo, pero sin admitirlo, sin valentía para enfrentar su propia vulnerabilidad y salir de esa zona de confort que resultaba la mejor cárcel, aunque ella no pudiera asumirlo.

Pedro se fue esa misma noche, y sin más, anunció volver en 1 mes. Los primeros 3 días de esa nueva vida fueron tan difíciles que por momentos le costaba creerlo, miraba fotos y videos viejos, comía poco y jamás se sacaba el pijama. El día 4 se despertó con un rayo de sol entrando por la ventana, y un mensaje de una amiga argentina que hacía muchísimo no veía. Su mañana empezó distinta, con más ánimos y ganas de cambiarse. Los días pasaron, los chicos volvieron,

y a medida que el calendario avanzaba, ella se iba sintiendo mejor, más animada, más contenta, menos presionada y más auténtica. Después de todo, el precio de su cobardía por no enfrentar a Pedro a tiempo había sido muy caro, pero asumir sin culpa que estaba bien era la demostración de que, mal que le pese, aquella historia de amor que no fue, podría ser el principio de la que si sea.

El día 15 fue a su curso de Postgrado en la Universidad del Salvador. Se vistió de punta en blanco, se maquilló, se arregló el pelo y se puso su perfume favorito. Estaba esperando en la entrada, cuando vio a un hombre de no más de 40 años, alto morocho y muy elegante que caminaba hablando por teléfono. El hombre se acercó, le anunció a su interlocutor que lo aguardara un momento y con una sonrisa hipnotizante le preguntó *“Hola, perdón, esta es la entrada para el Postgrado de Psicología Laboral”*. Violeta sonrió y mirándolo fijo asintió: *“Si, empieza en 10 minutos”*.

FIN